

# Centenario de Antonio Machado

PABLO RUIZ OROZCO

Conmemora todo el mundo hispánico el centenario de quien se considera el mejor poeta español de este siglo. Dice Antonio Machado en unos apuntes autobiográficos que nació en Sevilla una noche de julio de 1875. A los ocho años de edad ya vive en Madrid, donde transcurren su adolescencia y los primeros años de su juventud. Cursa estudios en la Institución Libre de Enseñanza. Esa fue la fragua espiritual donde Francisco Giner de los Ríos forjó caracteres y alentó el desarrollo de algunas de las más sobresalientes mentalidades españolas.

Hace su primer viaje a París en 1899. Se relaciona con sus escritores y artistas. Luego pasa a Soria en cuyo Instituto enseña francés. Inicia su función docente cuando ya cuenta 32 años. Ha publicado dos volúmenes de poesías. Además de sus clases —único recurso para ganar el pan de cada día— se dedicaba a las que él dijo que eran sus dos aficiones: leer y pasear. Por supuesto, que también soñaba.

Era Soria un pueblo pequeño, recoleto, donde la vida transcurría con serenidad. Pudo continuar su vida en el París bohemio, donde conoció a Rubén Darío. También tuvo oportunidad de ser diplomático. Pero el soñador de caminos prefirió las viejas calles

de Soria. Don Santiago Gómez, historiador y arqueólogo, acompañaba al poeta en sus paseos. Dialogaban sobre poesía, historia y muchos otros temas. Machado —lector insaciable— poseía vasta cultura. Llenó su soledad con el trino melodioso de un amor que le llevó al altar el 30 de julio de 1909. Leonor —flor de primavera y canto de alondra— sólo tenía 15 años.

La Navidad de 1910 es pródiga en dichas para la pareja de un hombre que ha entrado en la madurez y una joven que no ha cumplido 17 años. La lozanía de su edad florida se refleja en la vida y creación poética del esposo. El poeta ha obtenido una beca para ampliar estudios en París. Embarcan en los comienzos de enero de 1911.

Es la época en que Henri Bergson profesa una cátedra de filosofía en el Colegio de Francia. Ya ha esbozado su teoría de que la metafísica no puede tener el carácter de lo sistemático y dogmático. Esta concepción subyuga a Machado, espíritu abierto —dimensión de creador— a todas las inquietudes del quehacer intelectual. Alterna el análisis del pensamiento bergsoniano con la vida del París de su juventud. Hace que su Leonor reciba intensas emociones que brinda al viajero la ciudad de la alegría y también de la cultura.

La felicidad que disfrutan es abruptamente interrumpida. Es el 14 de julio y Francia conmemora la toma de la Bastilla. En París todo es bullicio, alegría y desborde de patriotismo. Leonor, enferma de tuberculosis, hecho que ignoraban, tuvo una hemorragia. Tras muchas dificultades logra Antonio su hospitalización. Dos meses después resuelven regresar a Soria. El poeta abandona sus estudios de filosofía y lleva a su esposa a que reciba la brisa de su tierra. Ella marchaba lentamente hacia la muerte, que llegó —fea y desgarradora— el primero de agosto de 1912. Sólo contaba dieciocho años.

El melancólico poeta, rotas sus ilusiones, huérfano de su gran amor, no regresó a su cátedra del Instituto. Salió de Soria, donde sus sueños habían tenido dulce realización, para arrastrar su dolor del alma por todos los senderos de España. Pero Soria quedó enraizada en los recuerdos de Machado. Describió el encanto de su paisaje, la dulzura de sus frutas, la mansedumbre de

sus gentes. Por ello ha cobrado valor entre sus devotos admiradores la expresión, *presencia de Soria* en la poética de Antonio Machado. En los actos del Centenario esa tierra que él exaltó le ha rendido el más cálido y fervoroso homenaje. Dijo del pueblo en que amó, escribió bellos poemas y sufrió:

Soria es una ciudad para poetas, porque allí la lengua de Castilla, la lengua imperial de todas las Españas, parece tener su más propio y más limpio manantial.

Soria es, acaso, la más espiritual de esa espiritual Castilla espíritu, a su vez de España entera. Nada hay en ella que a-sombre, o que brille y truene; todo es allí sencillo, modesto y llano.

Como la vida impone deberes y urgencias económicas, Machado, apretado el corazón y cargado de recuerdos, tuvo que continuar su modesto trabajo. Ejerció la docencia, sucesivamente, en los Institutos de Baeza, Segovia y Madrid. En los días postreros de Leonor había recibido de su editor *Campos de Castilla*. Ya tenía un nombre literario. Pero sus clases y el contacto con sus alumnos le producían satisfacciones espirituales. Su alto magisterio no se ejerció sólo sobre las mentes. También sobre las almas. Algunos de sus discípulos nos han dado su estampa humana y sus modos de impartir la enseñanza. Uno de ellos dijo: "Los estudiantes sentíamos mucho respeto por este profesor serio y tierno a la vez, que sabía sonreír desde su lejanía como si estuviera atento a la presencia ausente de algo que nosotros ignorábamos aún".

Inmerso en sus sueños, solitario dentro de multitudes de seres indiferentes, hizo con su pedagogía cultivo de noble espiritualidad. Expresó, con sencillez, sin petulancia, que era un hombre bueno. También era sabio, pero su modestia y humildad —cualidades de los grandes hombres— le hicieron callar su mucho saber. Su trato con todos era natural.

Transcurrieron años y el escritor aumentaba su obra, tanto en

poesía como en prosa. Continuaba, además, el desempeño de su cátedra. Estamos en 1928. El recuerdo de Leonor y su amor se han dulcificado. ¡Oh misterio del tiempo, lenitivo de dolores y maestro que adormece turbulencias y nos hace más ricos en comprensión humana! Surge un nuevo romance. El poeta tiene cincuenta y tres años. Ella es todavía joven, según conjeturas, ya que le dio el nombre literario de Guiomar, y nunca reveló su identidad. Hoy se sabe que fue una poetisa de gran sensibilidad. Antes se creía —inclusive lo manifestó un hermano de Machado— que se trataba no de una mujer física, sino de una creación del poeta, un ser de su imaginación. Concha Espina publicó en 1950 las cartas del poeta a Guiomar. Suponen los amigos y contemporáneos de Machado que Guiomar —musa de honda inspiración— era una mujer casada. En una oportunidad se refiere con melancolía a "la barrera que ha puesto la suerte entre nosotros", según menciona José Luis Cano. Le dedicó un poemario titulado *Canciones a Guiomar*. Así escribió del amor como recuerdo:

Sé que habrás de llorarme cuando muera / para olvidarme luego, y luego / poderme recordar, limpios los ojos / que miran en el tiempo. / Más allá de tus lágrimas y de tu olvido, en tu recuerdo, / me siento ir por una senda clara, / por un "Adiós, Guiomar, enjuto y serio".

El poeta es ya una figura cumbre de la lírica castellana. El grande hombre sigue, sin embargo, vistiendo —él lo dijo— con "torpe aliño indumentario". Cuando Guiomar le reprocha su descuido, le promete que enmendará ese hábito, aunque aclara que invierte en libros gran parte de sus ingresos. Promesa que no cumplió.

Enrique Rioja relató años después de la muerte de Machado sus últimos días, ya que estuvo junto al Maestro. Declinaba la guerra civil. En una tarde con crepúsculo rojizo comenzó el éxodo hacia Francia. También acompañaban al hombre bondadoso, con las pupilas bien abiertas para ver por última vez a su amada tierra, su madre, pequeña, tierna, casi transparente; su hermano José, el célebre lingüista Tomás Navarro Tomás, el neurólogo José Sacristán y Joaquín Xirau. Además, mujeres, niños, heridos, marchaban, macilentos, rendidos, a la búsqueda

de un destino incierto en tierras extrañas. Apenas pasados unos días murió en Colliure, Francia. Y la muerte llegó como la había presentido en versos ya lejanos en su vida:

*Y cuando llegue el día del último viaje  
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar  
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,  
casi desnudo, como los hijos de la mar.*

Es peculiar en Machado la sencillez. Su lenguaje, en prosa y verso, es natural. Le venía de los hondones del alma castellana de Santa Teresa. Repudió los aires aristocráticos y artificiales del modernismo. Era amante de lo tradicional de su patria. Por ello amó los romances, que recogen esencias genuinas de la mentalidad hispánica. Afirmó que “el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, sino una honda palpitación del espíritu”.

Vicente Gaos ha dicho con juicio certero: “La poesía de Machado es sencilla, elemental, elaborada con materiales al alcance de cualquier mano, sin selección ni estridencia de léxico. Y es la poesía más personal, más profunda y más entrañable que se conoce en español desde Bécquer”.

La temática es variada. Su vida íntima, sus sueños y su soledad, la angustia de su patria —preocupación de los escritores del 98— la persistencia del recio paisaje castellano. También, con fuerza obsesiva, el tiempo, la muerte, las inquietantes preguntas sobre el sentido de la vida. Vagó en tensión y emoción, a veces con hondos decaimientos. Buscaba luz radiante de espiritualidad para sus acuciantes preocupaciones filosóficas.

Empleó el símbolo para concretar en armazón poética la lejanía, que conforme a cita de Gutiérrez-Girardot implica algunas veces lo contrario, “una cercanía que, a causa del contraste expresado en la palabra, adquiere un determinado perfil”. Es una lejanía inmediata, “un eco de la lejanía”. El propio Machado afirmó que era el revés. El efecto contrastante carga de emoción las vivencias de la poemática machadiana.

Rehuyó la metáfora altisonante. Vistió sus emociones y les dio

valor estético con expresiones cristalinas. El vocablo sobrio de Garcilaso y Jorge Manrique encontró resonancia en el andaluz que deambuló —bohemio en la vida y en la muerte— por todos los caminos, como peregrino en ansia de dimensiones infinitas, de eternidad. Por todo ello su obra literaria le ha consagrado como un exponente supremo de la intelectualidad hispánica, con sentido universal.

Humacao, julio de 1975